

«Este es el testimonio de una mujer cuyo deseo fue explicar a su hijo el significado, que para ella tiene la palabra madre. Como me lo contó, te lo cuento».

## Querido hijo...

Consuelo Cascallar  
Profesora

### Generosidad

Es otoño. No sé por qué me invade un sentimiento de melancolía. A mi mente acuden imágenes de mi niñez que se entremezclan con las de la tuya.

Pienso en la abuela, la evocación llega envuelta en esas nubes grises que anuncian lluvia; en días así no me permitían jugar en el patio. Mamá y yo estamos en la cocina, la recuerdo amplia y luminosa, bota una pelota y la hace pasar una vez bajo la pierna izquierda y otra bajo la pierna derecha mientras canta:

*Mi pelota salta y bota  
de una mano paso a otra.*

Luego me invita a que yo la imite. Recuerdo el juego, pero sobre todo su sonrisa y la suavidad de sus manos guiando las mías. Trabajaba casi todo el día fuera de casa. El juego no era la compensación de su ausencia, ni siquiera tenía la intencionalidad de estimular mis habilidades psicomotrices o de favorecer el desarrollo del lenguaje con la canción; ella *sólo* me quería, estaba allí conmigo y así fue siempre. Me permitió crecer, pero nunca me abandonó a mi suerte.



C. Apestegui

La abuela sigue viva porque conservo sus silencios, sus abrazos, su firmeza, su serenidad, su paciencia, su sonrisa afectuosa, su exigencia... conservo intacto todo su cariño. Sin decir, me enseñó cómo era el amor de verdad, la entrega callada. Para mí continúa siendo presencia que ayuda, que sosiega. Me quería y eso es lo que queda realmente en mi memoria.

### Ilusión

Entre los recuerdos aparece tú. El anuncio de tu llegada fue mi estreno como madre y un momento de cambio profundo y definitivo en mi vida. Creías dentro de mí y yo imaginaba tus ojos, tu sonrisa y hasta tu llanto. No sé si el paso del tiempo me hizo olvidar los desasosiegos e incomodidades, pero la evocación del embarazo acude impregnada de ilusión.

Cuando llegó la hora de parir solicité hacerlo sin dolor. Entonces, algunas personas pensaron que escogía el camino fácil y esto parecía cuestionar mi papel de buena madre, pero no estaba dispuesta a vivir la experiencia como un castigo divino; para mí era un regalo.

Y llegaste al fin. Aquel niño con cara de japonés eras tú. El primer contacto con tu cuerpo blandito y sonrosado despertó en mi interior sentimientos intensos, muy hondos, diferentes a cualquier otro vivido antes y que no volví a vivir nunca más. Te bajaron al nido. Yo tranquila y satisfecha, me dormí cogida de la mano de tu padre, necesitaba también sentir su calor. Éramos felices.

### Ternura

Quise amamantarte. Con el recuerdo recuperé las oleadas de ternura que me envolvían cada vez que te ponía al pecho, pero también el cansancio. Te engañabas al pezón, en nada, tus ojitos se iban cerrando y con una expresión de placidez total te dormías. Yo sabía



DigitalTaron

que tendría que estar dispuesta a iniciar el rito mucho antes de lo que los libros decían. Las noches se me iban a retazos de sueño y durante el día las tareas se amontonaban, apenas comenzaba alguna, tú ya estabas reclamándome. Deseaba poder leer tranquilamente, salir a dar un paseo sin la esclavitud del reloj, ir al cine... Más de una vez mi pensamiento te suplicó que durmieras un poco más, que no me reclamases tan pronto, que me concedieses tiempo para mí. Pero estos sentimientos nacían con el mismo amor con el que te cuidaba. Todavía hoy puedo evocar sin esfuerzo las sensaciones placenteras que me provocaban el tacto suavísimo de tu piel y el olor fresco y dulzón a baño reciente y a leche materna.

Cuando dejaste de ser un bebé, no permití que el cansancio o la desgana me impidiesen dedicar ese tiempo que todas las noches, antes de que el sueño llegase, necesitábamos para leer un libro a medias o para escuchar tus preocupaciones, tus miedos, todo lo que te había causado tristeza o te había divertido, aquello que te había decepcionado...

Un beso cerraba el día, tú te dormías tranquilo y yo me iba satisfecha.

### Protección y guía

Un día agarrado a una almohadita de la que jamás te desprendías, comenzaste a caminar solo. Yo fingía un abrazo protector para darte seguridad y te acompañaba de un lugar a otro guiándote, viviendo contigo la conquista. Era agotador, tú descubriste que cada nueva carrera suponía un mayor control del equilibrio y que aquellas patitas que surgían de un culo gordo y redondo como el de Donald, adquirirían paulatinamente mayor fuerza; yo acababa extenuada, pero en cada meta me esperaba la recompensa: tus brazos blanditos me rodeaban el cuello y los dos rompíamos a reír.

En la misma medida que tú ganabas seguridad, que incansable buscabas lugares nuevos para explorar, la casa se transformaba: fue necesario quitar obstáculos que pudiesen causarte daño, poner barreras para evitar caídas, tapar enchufes, dejar fuera de tu alcance medicamentos y productos de limpieza... Había que adaptarse a otra situación nueva, pero no duró mucho, crecías y poco a poco cada cosa volvió a su lugar.

Caminar sin la necesidad de asirte a mi mano, fue el inicio del

camino hacia tu autonomía. Servirte de guía, protegerte cuando fue necesario, estimular el deseo de construirte como una persona diferente y proporcionarte aliento para ello, no siempre me resultó fácil. Cuando llegó la hora en la que el cordón debía comenzar a romperse de forma definitiva, opuse resistencia.

Para ti llegó la adolescencia y para mí la ansiedad y el miedo irracional. Esto nos enfrentó en una dura competición. De un cabo de la cuerda tiraban tus ansias de crecer, de liberarte de mi tutela y del otro un feroz deseo de protección que pretendía acolcharte el camino, cerrarlo a tus propios errores.

"Las sesiones de mesa de cocina" nos ayudaron a resolver el conflicto. Consumimos muchas horas hablando, discutiendo, riéndonos juntos y alguna vez llorando. Aprendí a conocer a la nueva persona que estaba naciendo, a valorarte, a aceptarte, a relacionarme contigo de otra manera, a confiar en ti. Comprendí tu necesidad de liberarte del control de la autoridad, de la protección, pero también que para iniciar el vuelo necesitabas una mano que, impulsando, te proporcionase seguridad.

## Serenidad y paciencia

Tus primeros berrinches pusieron a prueba mi serenidad. Recordando las carreras entre abrigos, faldas y gabardinas, en la sección de señoras de unos grandes almacenes; yo te perseguía, cuando conseguía darte alcance, entre careajadas, volvías a huir. Empapada en sudor, colorada por el esfuerzo –y un poco por el bochorno–, logré atraparte. Comenzaste a gritar con tanta fuerza que tus propios alaridos te producían miedo. Las personas de alrededor nos miraban, bien intencionadas trataban de calmarte, ¡mucho peor!, con público perfeccionabas tu berrinche. Me sentí bruja antropófaga. Pero de pronto surgió la idea: las palomas te causaban fascinación. Caminamos hasta los jardines –no estaban lejos–. Nada más llegar, te desprendiste de mi mano y corriste tras ellas diciendo: "Ven *toloma*, ven". El ave alzaba el vuelo y tú, con la carita abotargada por el llanto, la seguías con los brazos abiertos hacia el cielo y entre hipoes decías: "Mamá, la *toloma* se fue". Yo te elevaba imitando el vuelo de la paloma –que aquel día fue, realmente, la de la paz– y en un susurro te decía cuanto te quería. Del berrinche sólo quedaba el hipo.

Los primeros años del colegio coincidieron con tus primeras crisis de asma. Tuve que aprender a controlar mi ansiedad para que tú aprendieras a convivir con ellas de forma natural. Se me partía el corazón cuando, a pesar de una mala noche causada por aquellas sibilancias que acababan con mis nervios, a tu hora, estabas en la parada del autobús. El asma no debía convertirse en excusa.

Más tarde asistí con paciencia a la media hora de llanto previa al momento de sentarte a hacer los deberes. Sabías que mi actitud de no ceder ante el llanto, iba acompañada de ayuda y compañía. A última hora de la tarde compartíamos la satisfacción del deber cumplido.

La exigencia no hizo que se resintiese nuestra relación, nunca dejó de ser afectuosa. Tenías que aprender a disfrutar de las cosas que gustan, te apetece hacer, pero también de las que gustan menos y suponen mayor esfuerzo.

## Alegría

Me hiciste revivir la alegría que proporciona el juego, esa alegría infantil que te hace chispear por dentro.

Tu primer juguete fue el cuerpo. Tus manos, imitando las mías, hacían cosquillas al aire mientras yo cantaba para ti *Cinco lobitos*. Te deshacías en risas cuando los deditos guiados por los míos rozaban tu barbilla, de terciopelo o el bulbito diminuto que tenías por nariz o la curva de las orejas... al ritmo de mis palabras. Fueron nuestros juegos de bebé.

Más crecido, el juego consistía en prenderte de mi voz, y la misma fascinación que producía en ti el cuento, la ejercía en mí tu boquita entreabierta y



Digital Vision

tus ojos redondos, atentos.

Juntos construimos naves espaciales y arrojamos a *Miloso*, aquel peluche al que no dejaste de querer aún cuando de puro viejo, más que oso era un trapito deshilachado.

Aún resuena en mis oídos el ¡elín! ¡elín! ¡elín! producido por lo saltos mortales de tus canicas sobre el suelo de la cocina, y la música que hacía nacer cuentos de nunca

acabar—ahora eras tú quien los inventaba—, las risas, el alboroto de voces infantiles a cualquier hora... Nuestra casa siempre fue el punto de encuentro de los niños y niñas del vecindario. Debías aprender a compartir, yo quería compensar la soledad del hijo único.

Seguiste creciendo, juegos y juguetes fueron cambiando, pero estoy segura que sirvieron para sentirte querido y aprender a querer.

### Sinceridad

Nunca te oculté que la vida, además de proporcionar momentos felices, de cálida proximidad, de nido confortable, también ofrece dolor y ausencias. A los seis años lloraste porque echabas de menos al primer abuelo que se fue. A los catorce, el dolor causado por la pérdida, hizo que durante un tiempo ocultases el recuerdo de la abuela tras el silencio.

Quise enseñarte a ahuyentar los ruidos del corazón para que el silencio te ayudase a poner en orden emociones y sentimientos, a conocer por dentro, a ver con claridad que es lo que nos hace verdaderamente felices.

Procuré que siempre me vieres tal cual era. No pretendí ser la madre perfecta. Hijo, ser madre no es un don natural con el que naces;



Dagblad Fyrtan

aprendes a serlo y en este aprendizaje también está presente el error. Nunca consigues ser una experta, pero cuando parece que por fin “le has cogido el tranquillo”, tienes que iniciar otro aprendizaje: el de ser abuela.

Y hablando de abuelas, quiero regalarte un cuento ¡ya me concedes! Es un cuento viejo

*Había una vez un país, de montañas redondas y suaves como pechos de mujer, que tenía una reina a la que la Luna había teñido de gris los cabellos. Así supo que había llegado el momento de buscar sucesora.*

*Envio pregoneros a cada rincón para dar aviso de que todas las mujeres del reino debían acudir a palacio.*

*No faltó ni una tan solo y a todas ellas hizo la misma pregunta:*

*—Si pudieras vivir de nuevo tu niñez, ¿cómo la vivirías?*

*Muchas respondieron de esta manera:*

*—La viviría en absoluta libertad. La niñez es la única época de la vida en la que no somos responsables de nuestros actos.*

*Algunos respondieron de esta manera:*

*—Si la viviese en libertad, sería irresponsable. Si la guardase como*

*un tesoro, sería egoísta. Yo la dedicaría a buscar el amor, el conocimiento y la experiencia, así en la madurez y en la vejez podría recoger sus frutos.*

*La anciana reina esperó tranquilamente la llegada de la muerte. Había encontrado sucesora.*

No quiero terminar sin decirte que no asumí sola la responsabilidad de llevar a cabo el proyecto que fuiste tú. A mi lado, a nuestro lado, estuvo siempre tu padre; nos enseñó que no siempre son necesarias las palabras para mostrar los sentimientos, que cada cosa tiene su tiempo y que es bueno aprender a esperar. Te quiere tanto como te quiero yo.

Tú ahora estás en edad de ser padre. Otra vez espero ilusionada, que algún día me des la oportunidad de aprender a ser abuela.

Ojalá que como en el cuento, en la madurez y en la vejez puedas recoger los frutos del amor, el conocimiento y la experiencia. ■